



Casa en la playa de Sígés.—Fachada de Mediodía.

Arquitecto: A. Carbó.

LA ARQUITECTURA EN FRANCIA

Con motivo de un Congreso de Arquitectos, celebrado recientemente en Francia, Leandro Vaillat publica en el *Temps* un folletón titulado *La Arquitectura francesa*, del cual pueden entresacarse algunas observaciones interesantes y algunas noticias útiles.

Compara Vaillat la arquitectura francesa de los siglos pasados con la de los tiempos presentes, y se muestra pesimista respecto de la enseñanza actual de la Escuela de Bellas Artes, que tilda de demasiado apegada á lo antiguo y poco atenta á las necesidades modernas.

De las construcciones del siglo XIX dedica especial elogio á ciertos edificios del segundo Imperio; á la Biblioteca Santa Genoveva; á la Trinidad, de Ballu; á la Escuela de Bellas Artes, de Duban; al ministerio de Negocios Extranjeros, y estima que en París no ha surgido ninguna obra maestra de arquitectura en el período comprendido entre las guerras del 70 y del 14.

Estudia la evolución paralela de la pintura y la arquitectura en ese período y opina que así como el impresionismo se impuso en pintura gracias á la alta moral y á la tenacidad austera de sus cultivadores, los arquitectos no supieron sustraerse á las exigencias de los propietarios y al mal gusto y á la incultura del público.

La independencia de la escuela impresionista triunfó del academismo. La esclavitud á la escuela precipitó la decadencia de la arquitectura francesa.

Refiriéndose á la publicación de un libro editado con motivo de la milésima adhesión recibida por la Sociedad de Arquitectos diplomados por el Gobierno, se sorprende Vaillat de que puedan mostrarse como obras notables el palacio de Zoología, de André; la Opera Cómica, de Bernier; el monumento de la República, en Lyon, por Blavette; la iglesia de Santa Ana, en París, por Bobin; las Termas de Chatel-Guyon, por Chaussemiche; la reja del palacio de los Campos Elíseos, por Chancel; la tumba de los generales Lecomte y Clément-Thomas, en el cementerio del Padre Lachaise, por Coquart; los pilonos del puente Alejandro III, por Cousin; la oficina central de la República americana, en Washington, por Cret; la restauración del castillo de Chantilly, por Daumet; la ampliación del Banco de Fran-

cia, por Defrasse; el Gran Palacio de los Campos Elíseos, por Deglane; el Pequeño Palacio, por Girault; el Grand Circulo d'Aix-les-Bains, por Eustache; la Opera, de Garnier; la Escuela de Medicina, de París, por Ginain; la prefectura de Limoges, por Godefroy; el castillo de Villiers-aux-Érables, por Guilbert; la basílica de San Martín, en Tours, por Laloux; la nueva "Cour des Comptes", por Moyaux; la Sorbonne y la Facultad de Medicina de Burdeos, por Nénot, y la sala de Rubens, del Louvre, por Redon.

Para caracterizar cómo se enseña la arquitectura en la Escuela de Bellas Artes, copia Vaillat lo que escribe el arquitecto Edmond Duthoit, explicando la reconstrucción de la basílica *picarda*, de Albert, destruida por los alemanes.

Dice Duthoit que después de haber viajado por Italia, Grecia, las islas del archipiélago y Asia Menor, la Palestina, Egipto, Siria, Argelia, Túnez y España, se puso á proyectar teniendo en la memoria tal mezcla de impresiones "que su árabe huele á gótico, y su gótico tiene un gusto árabe ó bizantino.". La arquitectura de la iglesia de Albert es, pues, la síntesis de todo lo recogido en sus viajes por los pueblos mediterráneos. "En cuanto á los detalles, dice, si buscáis bien, los encontraréis todos en alguna parte. Mi torre es el minarete de Tlemecen ó de Sevilla; las cornisas se parecen *terriblemente* (á distancia) á las cornisas de las torres de Siena ó Florencia; las de los ábsidos son originarias de Siria é Italia, de Sicilia y Córcega. Los grandes arcos de herradura que separan las naves laterales de la nave central están tomados de la gran mezquita de Tlemecen; la gran mezquita de Kairouan me ha proporcionado la disposición del ábaco (*tailloir*) de los capiteles; mi portada recordará las disposiciones que he admirado en la mezquita de Túnez; en fin, me consideraría dichoso si contemplando la decoración del ábside pudiera el turista pensar en la de la iglesia de Monreale, cerca de Palermo...".

Y Duthoit termina exclamando: "No puedo dar un nombre á esta mezcla. Todos los elementos que la componen son buenos; ¡que la combinación no resulte desagradable á los visitantes!".

(¡Y todo ello á propósito de una iglesia en Picardía!)

Esta *síntesis*, este afán de retrospección, es lo que más vivamente critica Vaillat, así como el prurito de los temas *nobles* y el desprecio del *programa* modesto, humilde.

Señala el hecho de que Cordonnier, antes de su elección como miembro del Instituto, había construido el teatro de Lille, pero había edificado también encantadoras "villas", en estilo anglonormando; que Pascal, al mismo tiempo que construía la Biblioteca Nacional, elevaba una casa de estilo de Quercy, en el propio Quercy.

Cita la opinión de Laloux, que estima que es más fácil encontrar algo nuevo en las obras de pequeña arquitectura ó en el mobiliario y la decoración que en los grandes temas arquitectónicos, y termina creyendo que hay arquitectos dignos de la confianza de los propietarios y de la admiración del público, tales como los encargados de la restauración de los monumentos nacionales, como Dervaux y los hermanos Perret, entre los partidarios del hormigón armado; como los que se señalaron en un concurso de 1918 para viviendas rurales (André Ventre, Letrosne, Wybo, Huillard, Sue); como Bonnier, Sorel, Chédanne, Guadet, Tournaire; como Gautier y Dubert, partidarios del hierro.

La mayor parte de las observaciones de Vaillat son aplicables al estado actual de la arquitectura en España. Se resumen en dos principales: Necesidad de remozar la enseñanza, modernizándola. Urgencia de luchar contra la incultura del público y el mal gusto de los propietarios.

AMÓS SALVADOR Y CARRERAS,

Arquitecto.